

El estado de la cuestión

El tema de España. Entrevista a Pedro Laín Entralgo

Francisco Rodríguez Pascual

A mediados de los sesenta, la "Editorial Plenitud" publica una selección de la obra escrita de Pedro Laín Entralgo (Madrid 1965). Antecede las páginas seleccionadas una introducción de Pedro Laín, que lleva por título, "El autor habla de sí mismo". Entre otras cosas, afirma Laín que su producción literaria de entonces (y también de ahora, digo yo) se puede distribuir en tres grandes apartados. El primero se refiere al mundo de la medicina, considerada principalmente en su historia. El segundo es el de la antropología general y filosófica; en él destaca la presencia habitual de Zubiri, según confesión del propio autor. El tercero (son palabras textuales de Laín Entralgo) "no pertenece a ningún *curriculum* académico o profesional bien determinado; pero que, entre el Bidasoa y Calpe, empapa todos los imaginables: la condición de español, mi condición de español, tan reciamente zarandeada por la historia desde mi mocedad"(pp. XII-XIII).

Asegura Laín en líneas subsiguientes: "Fue en 1936, cuando la pertenencia a mi país se me hizo dramática –mejor : se me hizo en sí misma drama– y exigió imperiosamente de mí lo que, con otro curso de nuestra historia, tal vez yo nunca hubiese hecho. Porque, desde 1937 hasta hoy, varios años de mi vida han ardidido en el empeño de esclarecer para mí y para otros mi modo de inserción en la desgarrada vida histórica de mi país.–Íntimamente movido por esa triple instancia –el drama de España, mi personal situación dentro de él, la índole cavilosa de mí espíritu–, me propuse entender históricamente la escisión de los españoles..., y aspiré a una concepción de nuestra cultura capaz...de `superar´ radical y definitivamente las causas de esa ya bisecular divergencia" (pp. XIII-XIV).

Laín Entralgo va a ser fiel de por vida a su honda preocupación por España, intentando responder –desde la altura histórica que en cada etapa de su existencia le corresponde vivir– a unos gravísimos problemas nacionales, que aparecen de forma recurrente en sus escritos. Antes de entonar el *mea culpa* en su "Descargo de conciencia", admite y proclama Laín el cambio, "progresivo e irre-

versible" de su alma. Señala en el mismo los momentos siguientes: "1º La convicción... de que sólo a través del pluralismo auténtico... logran su plenitud humana gobernantes y gobernados. Como la *verdad* nos hace libres..., la libertad nos hace verdaderos. 2º La certidumbre íntima y la consiguiente pesadumbre moral de no haber denunciado con suficiente explicitud y energía, todo lo que se oponía y se opone a la interpretación maniquea de nuestra guerra civil... He sido un escritor para quien el 'problema de España' se ha constituido en tema permanente... Algo creo haber dicho y hecho... para combatir esa reiterada versión española del maniqueísmo. 3º La creciente evidencia de que la compleja e indecisa realidad de Hispanoamérica debe ser tenida en cuenta para una adecuada intelección y un recto planteamiento de nuestra cultura. 4º El sucesivo descubrimiento de que el problema de nuestra cultura tiene, junto a sus componentes intelectuales y estéticos..., otros, no menos importantes, de carácter social, económico, regional, y administrativo. 5º Una permanente necesidad del 'otro', para ser plenamente 'yo'. Para muchos, tal vez sea deseable la vida en una sociedad unitaria y uniforme. Para mí, desde luego, no" (pp. XXVIII-XXIX).

Concluye Laín Entralgo las páginas preambulares de su obra selecta con, esta consideración: "Doctrina médica, reflexión filosófica, cavilación de español necesitado de entenderse a sí mismo: tales son los temas principales de mi obra escrita ... Además de historiador de la Medicina, antropólogo en agraz y español reflexivo, soy... eso que con intención variable –con cierto retintín, a veces– solemos llamar 'ensayista'. Para buen número de autores y lectores, la apelación al nombre de 'ensayo' lleva consigo un aire de petición de gracia. Frente a esta tópica actitud, escribió una vez Marañón: 'Yo creo, por lo contrario, que lo más serio –y, por tanto, lo más responsable– que hacemos los hombres es ensayar y ensayar'" (p. XXX).

Porque la vida humana es constitutivamente ensayo, es también cambio. A Dios gracias, Laín ha cambiado en su peripecia como pensador comprometido con su país... Pero ha cambiado dentro de ese marco de coherencia que exige la honradez intelectual. Con Don Pedro Laín Entralgo, torpe de piernas pero ágil y lúcido de mente, he hablado durante una hora en el aula "Vitoria" de la vieja e ilustre universidad de Salamanca. Ofrezco a los lectores de *Diálogo Filosófico* los resultados de la sabrosa conversación. Para mejor comprensión de las palabras de Laín, en recuadros aparte, van párrafos significativos tomados de distintas obras suyas. Sin duda alguna, Laín ha sido siempre, y sigue siéndolo, un español de pro, claramente enamorado de su patria y reflexivamente preocupado por su pasado, por su presente, por su futuro...

¿ A qué se debe que España sea tan cuestionada, tan. problemática, que necesite de intérpretes, de hispanistas? ¿Este fenómeno es peculiar de España, o se encuentra, en las demás naciones?

En todas partes puede haber personas capaces de autorreflexión, .de preguntarse en qué consiste su condición de franceses. de alemanes, de nortea-

mericanos... Pero España está especialmente “condenada”, por decirlo así, a preguntarse por sí misma. Porque, después de un período de grandeza universal, la decadencia sucesiva de la presencia española en el mundo ha hecho que hayamos vivido a remolque del mundo moderno, siempre de mala manera, por lo menos desde el siglo XVIII. En este siglo, hubo un intento de solución, el de los ilustrados, valioso, aunque modesto, que fracasó. Y fracasó por varias razones; entre ellas, porque eran minoría y no tenían fuerza suficiente. Ocurrieron entonces dos fenómenos históricos europeos que condicionaron la suerte de España. El primero fue la Revolución Francesa. Cuando los revolucionarios franceses cortaron la cabeza a sus reyes y la noticia cundió en España, se produjo en las altas clases dirigentes españolas (corte, aristocracia, alto clero, alto ejército...) una inquietud enorme. Entonces, la reflexión tácita, pero expresable por nosotros desde la altura histórica en que vivimos, pudo ser ésta: si a esto ha conducido lo que llaman filosofía de la Enciclopedia, a cortar la cabeza a los reyes, hay que tomar precauciones. Y esto determinó ya una vuelta atrás. La mejor prueba de ello fue la defenestración de Jovellanos y su encarcelamiento. Jovellanos era un espíritu noble, moderado, católico, fiel... Fue víctima justamente de esta reacción antiilustrada. Esto sucedió a fines del siglo XVIII. Después se produjo la invasión napoleónica, la guerra de la independencia..., a raíz de la cual España ya se divide en dos grandes bandos... Todo ello ha propiciado que el siglo XIX, mirado en su conjunto, haya sido para España más bien catastrófico.

“El ejercicio de recapitulación y confidencia en que este exordio consiste me lleva muy derechamente a justificar *sine ira* el epígrafe del libro: *España como problema*. Cuando lo usé por vez primera, gentes más dadas al gatuperio que a la lectura se lanzaron, a interpretarlo como indicio de una tesis histórica larvada: ese título expresaría la visión de España como una realidad necesaria y constitutivamente problemática; por inexorable imperativo de su ser. la España ulterior al siglo XVII sería un rompecabezas del todo insoluble, a la manera del movimiento perpetuo, o la cuadratura del círculo; en consecuencia, el español preocupado por el destino histórico de su país se hallaría condenado, al pesimismo o a la desesperación. No por rectificar una imputación mentecorta e insidiosa, sino por declarar paladinamente el sentido real del mote epigráfico..., diré con orden y brevedad... La cultura española ha sido para nosotros más problemática que la cultura francesa para los franceses y que la tedesca para los alemanes... La cultura española es, en efecto, un problema histórico, mas no un problema históricamente insoluble”.

(*España como problema*, 1956)

¿Nace entonces la pregunta por España en términos similares a los que conocemos por la historia contemporánea?

Desde la experiencia de lo anterior, surgen las preguntas: ¿por qué ha sucedido esto?, ¿qué somos nosotros? Los demás países hacen su revolución industrial, liberalizándose, democratizándose a través de distintas vicisitudes a lo largo del siglo XIX; y nosotros no. Esa situación histórica, sentida por los españoles, ha hecho que éstos, sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX se preguntasen por sí mismos en tanto que españoles; se preguntasen por España como entidad histórica. Entonces viene esta pregunta: ¿a qué llamamos España? Es el título de un libro mío publicado en 1971, que ha tenido varias ediciones, la última del Círculo de Lectores.

“Todos recordamos la alta, patética imprecación que pone Ortega en el corazón de sus *Meditaciones del Quijote*: ‘Dios mío, ¿qué es España? En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida entre el ayer ilimitado y el mañana sin fin, bajo la frialdad, inmensa y cósmica del parpadeo astral, ¿qué es España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental?...Y al fin, otra vez la cordial, permanente interrogación: Dios mío, ¿qué es España?’. Quiero dar expresión concisa al sentir que, como honda nota de bordón, corre por debajo de todas estas acuciantes páginas de Américo Castro: ‘España es una alta y noble posibilidad de ser hombre’. Así, desde hace más de diez siglos. Viviendo y desviviéndonos en la realidad presente, o en la esperanza, o en una y otra a la vez, hagamos los españoles que esa posibilidad continúe existente y crezca en fuerza y anchura”.

(Sobre el ser de España, 1950)

En una posible definición de España, ¿a qué concedería usted más importancia, al espacio o al tiempo? Le pregunto esto porque, en alguno de sus libros, alude a la tierra, al espacio habitado como configurador singular de esta realidad que llamamos España.

Evidentemente. ¿Cómo se puede concebir la idea de una realidad histórica al margen-del suelo en que se asienta? Eso, desde luego, no. Allí, en el suelo, cumple el hombre su destino. Un destino que viene impuesto por las condiciones en que vive, por las vicisitudes de la historia, a las cuales tiene que plegarse; por su modo de adaptación a ella. Y eso ha sido la historia de España *de hecho*. Han existido unos condicionamientos que han determinado, en parte, la historia de España. El ser España un país pobre, más bien seco, etc., la condiciona. Si hubiese sido un país rico, su historia hubiese si-

do diferente. Por otra parte, el hecho, de que España haya tenido la historia que antes apuntaba, hace que cuando España va dando tumbos, se divida en dos, que pelean, en acto o en potencia, entre sí a lo largo de decenios. Antes de la Restauración, la conciencia de interrogación por España había surgido ya. Pero, a partir de entonces, de modo claro.

Y aparece muy claramente, por lo menos así lo he visto yo, en un suceso, importante, pero no aparatoso para el común de los españoles: la polémica de la ciencia española. En ella ya se insiste: ¿por qué razón hemos hecho tan poca ciencia?, se preguntan algunos. Y Menéndez Pelayo dice: no hemos hecho tan poca; ustedes no saben todo lo que hemos hecho. Pero, en realidad de verdad, nos quedamos en el camino... Otros, como Vidal Limón y el P. Fonseca, dirán: hay que romper con la modernidad, hay que volver a la Edad Media... Aparece entonces claramente esa conciencia problemática respecto a la entidad histórica de España.

“¿A qué llamamos España? Por lo pronto, al singular y multiforme mosaico de paisajes más o menos cultivables en que los españoles tenemos nuestra casa. Sobre ese suelo, nuestras ciudades ... Sobre nuestro suelo, y dentro de nuestras ciudades, en fin, aquello por lo que ese suelo cobra sentido y estas ciudades fueron levantadas: el pueblo y la vida de España. Y en cuanto forma peculiar de la vida del hombre, ¿a qué llamamos España?... Comenzó España siendo una *sed*...de horizontes nuevos ... Sin haber dejado de ser una sed, la vida española se hizo pronto y ha seguido siendo un *conflicto* ... La vida de España es también una posibilidad...Y una *realidad*: la que... poseen... los hombres de España”.

“Cuatro son los componentes esenciales de un país: su tierra, su cielo, sus ciudades y sus hombres. En tanto que sede de las ciudades y aldeas que sobre ella se levantan; en cuanto casa y suelo de los hombres que en ella, con ella y de ella viven, ¿cómo es la tierra de España? Y por encima de esa tierra, dándole luz o dándole sombra, encendiéndola o helándola, enviándole o quitándole el agua ¿cómo es su cielo?”

(*A qué llamamos España*, 1971)

¿Y qué significa el 98 en el desarrollado o reforzamiento de dicha conciencia?

Dicha conciencia se irá agudizando y cobrará especial intensidad y especial extensión cuando el desastre del 98. Algunos se preguntan entonces: ¿a dónde hemos venido a parar? Frente a eso, la actitud es por lo pronto interrogativa, crítica, proyectiva, en una u otra forma. Y en todo caso, la historia

de España se va haciendo problemática. Los interesados no buscan explícitamente eso; pero lo van alumbrando... Sin amenguar la importancia histórica de la Restauración, que crea en España un clima, no de concordia, pero sí de paz interior, de pacto, de entendimiento entre las fuerzas conservadoras y liberales de la Gloriosa (es la gran hazaña de Cánovas), problemas básicos quedan sin resolver: la democratización es lenta y premiosa; existe el problema del caciquismo; el analfabetismo es extensísimo; la diferencia de nivel socio-económico es enorme... Todo esto hace que el atraso en la industrialización y el cultivo racional de las tierras genere un clima de exigencia, de crítica, de protesta, que, aprovechando la paz interior que ha traído la Restauración, se va a expresar en movimientos diferentes. A mi juicio, podríamos decir que son fundamentalmente tres. El primero es el Regeneracionismo de Costa y sus epígonos, críticos, muy críticos, con una serie de proyectos sobre España a ras de tierra; pero, sin duda alguna, llenos de buena voluntad, de exigencia. Y eso va a prender en una minoría considerable de la población española.

Además, la mencionada paz interior hace que surja en España lo que hasta entonces no había ocurrido; es decir, una minoría de personas que, vocadas a la vida intelectual, sobre todo científica, consagran abnegadamente su vida al trabajo científico solitario, sin ayuda de nadie. Es lo que yo he llamado "generación de sabios", que también podríamos denominar "generación del 80", encabezada por tres figuras señeras: Cajal, Menéndez Pelayo, y Torres Quevedo. Pero, junto a ellos, .hay bastantes más: Ribera, Altamira, Hinojosa... Menéndez Pidal es el continuador más fiel de esta tendencia. Cuando yo le mandé mi libro sobre la generación del 98, me envió una fotografía con esta dedicatoria: "A Pedro Laín. Uno del 98". Así se consideraba a si mismo D. Ramón Menéndez Pidal. Aunque él pertenece a la generación del 98 sólo en cierta manera...

"Han desfilado ante nuestros ojos los ensueños de España que imaginaron los escritores del 98. En el alma de todos tiene ese ensueño la misma estructura: una tierra, unos hombres, un pasado y un futuro posible se articulan mutuamente y se codeterminan dentro de la radical unidad de la España soñada. Tres mitos históricos debemos al ensueño de esta generación; y los tres van a operar visible o invisiblemente sobre los españoles que tras ellos despiertan a la historia de España: el mito de Castilla, la tercera salida de Don Quijote y una España venidera en la que se han de enlazar nupcial y fecundamente la peculiaridad histórica e intrahistórica, y las exigencias de la actualidad universal".

(La Generación del noventa y ocho, 1945)

Yo quisiera preguntarle si, junto a esa renovación científica, se produce también entonces la renovación filosófica.

Sí, pero es tardía. Tenemos que esperar a la generación del 14 para que aparezca. Nacidos a finales del 80 (pensemos en Ortega que nace en 1883), los integrantes de esa generación, en los años primeros del siglo XX, eran unos adolescentes. Se puede admitir o no el método de las generaciones. En caso de que se admita, podemos señalar tres generaciones en el siglo XIX. Hay una anterior a Costa: la generación de la Restauración. Después viene la generación del 80, que fundamentalmente es de sabios: Cajal, Menéndez Pelayo, Torres Quevedo, Hinojosa, Altamira, Ribera, Gómez Ocaña, Alejandro San Martín y bastantes más. Empiezan por sí solos a hacer ciencia, en una España en la cual no se hacía ciencia experimental o positiva. Y eso hace de ellos una generación muy eficaz, si la comparamos con el regeneracionismo. Luego viene la generación que llaman del 98, pero que pudo no llamarse así. Azorín alude a ella en un artículo de 1910, y la llama generación de 1896. Tres años más tarde, parece que el nombre de generación de 1998 es más llamativo, por razones obvias, y tanto él como el duque de Maura hablan de generación del 98. Es ulterior a la generación de los sabios.

Por último, ya en el siglo XX, vendrá la generación del 14, que tendrá su máxima figura en Ortega; en ella está también d'Ors, está Marañón, etc. Con la aportación de todos, se consigue la elevación en bloque de la cultura española a niveles europeos; empresa iniciada por Cajal y seguida por gentes del 98, como Menéndez Pidal, Bonilla San Martín, Gómez Moreno..., que es el ala intelectual de la generación del 98. Existe también el ala literaria, como es bien sabido. De la generación del 98, en su doble dirección, deriva la generación del 14. Así es como yo lo veo...

“Así, por la vía del ensueño, buscan los literatos del 98 la solución al `problema de España. El conflicto entre la hispanidad tradicional y la europeidad moderna es resuelta en su mente por la doble vía del interiorismo o `casticismo histórico´ y de la ejemplaridad espiritual. En la ejemplaridad está la eficacia, pensaron todos con optimismo de soñadores. Tres mitos históricos debemos al ensueño de esta generación... En el orden de la creación intelectual, y con criterio ortodoxamente católico, es Menéndez Pelayo el primer soñador de esa España. Luego vienen los hombres del 98, y ellos amplían el ámbito del ensueño a todas las actividades en que se distiende la existencia del hombre. Más tarde vendrán y vendremos otros. Cada uno interpretará a su modo los mitos recién creados. Sobre el alma de todos, sépanlo o no lo sepan, gravitará el peso dulce y desazonante a la vez, del ensueño que en el filo de los siglos XIX y XX inventó una parva gavilla de españoles egregios”

(La generación del `98 y el problema de España, 1948)

Pasando a otro asunto ¿Qué opina usted con relación a España y los nacionalismos actuales?

España tenía, por decirlo así, una asignatura pendiente. La visión centralista y unificadora de España, la España una, había prevalecido sobre las demás. A lo largo del siglo XIX, va creándose una conciencia de regionalismos, que después se harán nacionalismos. Este movimiento quizá lo pudo resolver la república (se iniciaron los estatutos, pero aquello se cortó en seco). Siguieron los cuarenta años de centralismo crudo, puro y duro, con represión violenta de todo lo que supusiera espíritu regional. Eso incluso acrecentó el problema. El problema existía, iba planteándose... Pero dejemos a un lado otras consideraciones. Franco ha legado a España ese enorme, descomunal problema. Sí, lo ha legado. Yo pronuncié en Barcelona, allá por el año cincuenta y tantos una conferencia sobre el tema "Una y diversa España", donde apuntaba la posible solución.

El problema, decimos, no estaba resuelto. Y eso la transición lo ha planteado, a mi juicio, muy certeramente, con el estado de las autonomías. Ahora bien, éste ¿qué realidad cultural, política, económica, administrativa puede o debe incluir? No lo sabemos. Nadie lo ha dicho. Aquí vivimos al día, con convenios de ocasión. La parte que protesta procura sacar la tajada mayor. Y así estamos. Para mí, como español, es el problema más grave.

¿Y usted cree que estos nacionalismos finiseculares, exacerbados, ¿pueden ser el "finis Hispaniae", expresión que usted ha utilizado recientemente?

Desgraciadamente, pueden serlo. Hay que plantearse eso con toda crudeza. ¿Qué va a ser de España en el siglo XXI? Los nacionalismos están creciendo. En Galicia apenas existía el nacionalismo, y ahora hay un movimiento en alza. Y si eso prospera, nos preguntamos: ¿dónde acaba la pretensión de un nacionalismo? En la constitución de un estado. ¿Acaso un estado federal? Sí, pero ¿cómo se entiende, cómo se articula, en qué consiste su unidad? En este asunto, mis exigencias personales desde el punto de vista económico, administrativo, etc., son muy escasas.

"Frente a la realidad histórica de España, ¿existe hoy un sentimiento agónico, equiparable al que, diversamente modulado, sintieron como españoles Cajal, Unamuno, Antonio Machado y Ortega? Para responder adecuadamente, tal vez haya que decir que la expresión "sentimiento agónico" acaso sea demasiado fuerte. Pero si no sentimiento agónico, inquietud y preocupación sí las hay en el alma de los españoles que quieren serlo allende la entrega o la evasión

...

cotidianas al trabajo y la diversión. En el siglo XXI, ¿qué va a ser de España? ¿Se producirá en ella una paulatina desintegración? ¿Se alcanzará la realidad de una nueva y más satisfactoria convivencia? España vive, en determinados aspectos de su existencia, vigorosamente. Pero, ¿hacia dónde? Yo no lo sé.”

(El sentimiento agónico de España, 1997)

¿Qué importancia otorga usted a la lengua en la configuración de España y de la Hispanidad?

Para mí, lo fundamental, en la constitución de las naciones, es el entendimiento mediante una lengua y una cultura unificada y unificante. En nuestro caso es la lengua-cultura castellana. Y luego, otras lenguas y culturas diferentes, que tienen que entenderse con ella. Se han entendido malamente hasta ahora, Yo he dado mi “fórmula”, la he escrito, y quizá la tenga que escribir otra vez. Repito, el problema, para mí, fundamentalmente es lengua y cultura...

“Una lengua es, en efecto, mucho más que un instrumento para el intercambio de ideas, experiencias y deseos, como los códigos de señales que las necesidades de una convivencia técnica obligan a inventar. Una lengua es, ante todo, un hábito de la entera existencia del hombre, una sutil impronta que nutre y conforma la mente y la vida de quien como suya la habla”.

(Lengua y ser de la Hispanidad, 1955)

¿Que opina sobre el auge del castellano o español en el mundo? Se asegura que se está im-plantando, cada vez con más fuerza sobre todo en Hispanoamérica.

Por supuesto, el crecimiento es enorme, el prestigio es grande..., máximo en Iberoamérica. Esto determina que el viejo concepto de Hispanidad sea, cada vez más, una realidad vivida, y no sólo una ensoñación. Sin utilización del nombre, se imponen los hechos: intercambio continuo y fluido de ideas, de personas, de mutuo conocimiento... El hecho de que el “boom” literario hispanoamericano haya necesitado de España para constituirse como tal “boom” es por sí mismo muy significativo.

Me decían hace poco en Argentina, país donde un vasco acuñó el término “Hispanidad” que es hoy cuando más intensamente se está viviendo la idea. ¿Piensa usted que sucede así?

Sin duda. Aquí tenemos dificultades para armonizar el uso del castellano con el de otras lenguas autóctonas. En Hispanoamérica también las tuvieron con ocasión de la independencia. Varios “próceres” quisieron implantar por decreto algunas de las lenguas precolombinas. Pero allí ya han superado esas dificultades. En España, no. No deja de ser una gran paradoja. Pero el hecho está ahí. La solución “teórica” para mí, es ésta: lengua común en convivencia con las lenguas particulares. La fórmula “práctica” para llevarla a cabo podría ser la siguiente, poniendo como ejemplo Cataluña: que los catalanohablantes por tradición, por educación, por realidad social, aprendan, hablen y cultiven como lengua *más propia* el catalán; pero como lengua *también suya* el castellano.

De hecho sucede así, como puede comprobar cualquiera que vaya a Cataluña u oiga hablar a Roca, a Pujol... Pero debe existir la correspondiente actitud: los catalanohablantes de Cataluña deben admitir y defender que el castellano es la lengua *más suya*, y está bien que sigan pensando así. Ahora bien, tienen una obligación: aprender la otra lengua *también suya*, el catalán. En última instancia, existe un problema de buena voluntad. Yo encuentro falta de buena voluntad en resolver el problema lingüístico, que está ahí. Sin ella, no haremos nada

“Tres son, a mí entender, los ingredientes constitutivos de la cultura hispánica. El primero, la lengua, nuestra lengua castellana, recia y una en su esqueleto léxico y sintáctico... flexible y diversa en la piel de sus términos y giros locales ... Viene luego –mejor sería decir: viene a la vez– nuestra común idea del hombre; la resuelta afirmación de la entidad indestructible e inalienable de la persona individual, del “cada uno”... Y luego, dentro de nuestra lengua, en el fondo de este modo de vivir lo personal, la nota perfectiva y radicalizadora: el hábito de sentir y pensar... que, en su raíz misma, el ser del hombre trasciende la limitación del mundo visible”.

(Lengua y ser de la Hispanidad, 1955)

Por último, y perdone que abuse de su paciencia, algunos postulan hoy un nuevo regeneracionismo ¿Qué opina usted al respecto?

Pues mire, la palabra pasó de moda al perder prestigio y vigencia...Cajal afirma, con ocasión del desastre del 98, que se ha alistado al regeneracionismo. Evidentemente, los pueblos, como las personas, tienen que regene-

rarse, tienen que volver a nacer... Quizá ahora se necesite más que en otras épocas. Las fórmulas que propusieron Costa y los suyos no estaban mal, pero no convencían. Frente a ellas hubo reacciones de los escritores del 98, de Unamuno, de Ortega... A comienzos del siglo XX, hay tentativas de política regeneracionista: desde la derecha, la de Maura, defenestrado después de la Semana Trágica; y desde la izquierda liberal, con Cánovas que fue asesinado. A partir de entonces, la idea de regeneración va tambaleándose, llegando hasta lo crítico-burlesco. Hay dos anécdotas que recojo en alguna parte de lo que he escrito últimamente. En la "Ilustración Española e Hispanoamericana" aparece un anuncio que reza así: "Bálsamo X, regenerador. El país es pobre porque quiere. Con este remedio...". Y Baroja cuenta, ya en el siglo XIX, un zapatero remendón titulaba su tienda así: "La regeneradora del calzado". En resumen, el espíritu regeneracionista sigue siendo válido si se lo profundiza y se lo libera de matices coyunturales. Las fórmulas concretas de regeneracionismo que propone Costa son, evidentemente, discutibles. El término ya pasó a la historia. Pero queda la idea profunda. La intención de Costa fue nobilísima. Sus reflexiones sobre "escuela y despensa", "doble llave al sepulcro del Cid", "oligarquía y caciquismo"... han influido mucho en la historia de España. Todos los que hemos tratado el problema de España durante los siglos XIX y XX somos a nuestra manera *regeneracionistas*, en el sentido amplio de la palabra.